

Un año de oposición

Santos Juliá, El País, 01/05/2005

LA PROFUNDA conmoción reflejada en los rostros de los dirigentes del Partido Popular la noche del 14 de marzo de 2004 al conocerse la magnitud de su derrota no afectó, sin embargo, al reconocimiento pleno, sin reservas, de la legitimidad del resultado electoral. Rajoy felicitó a Zapatero por haber "sabido hacerse acreedor de la confianza de una mayoría de los españoles", y no dudó en reconocer y aceptar, en nombre de su partido, "el veredicto de las urnas". Las relaciones entre quienes habrían de formar Gobierno y quienes habían mostrado su voluntad de "leal oposición" no podían, pues, echar a andar con mejor pie: reconocimiento formal del triunfo socialista y compromiso de mantener una actitud de lealtad en la oposición.

La procesión iba por dentro y se asomaba a la cara, pero todo parecía bajo control. Alejado voluntariamente Aznar del primer plano de la política, la presencia de una personalidad menos esquinada que la del ex presidente facilitaba la normal alternancia de poder. Pero Aznar no se fue. Y no porque haya dejado atrás algún testaferrero que actúe en su nombre, o porque pretenda guiar la política del PP desde fuera, soterradamente, obligando a sus leales a mantener la sustancia de su programa político. Hay, desde luego, mucho de esto. Pero se trata de otra cosa: de una presencia directa, bien dosificada, desde escenarios elegidos cuidadosamente, conscientes todos de que cualquier cosa que escriba o diga alcanzará de inmediato un amplio eco en los medios de comunicación. Una conferencia, la presentación de un libro, la proyección de un vídeo, la clausura de unas jornadas: Aznar no deja de estar presente en la vida pública desde que pudo recomponer el desencajado gesto que asomó al balcón la noche de aquel 14 de marzo.

Esa presencia ha determinado un discurso de oposición que finalmente se ha impuesto como doctrina única del Partido Popular. Su propósito es evidente: erosionar, socavar la legitimidad del triunfo de los socialistas en aquellas elecciones. En un medido crescendo, los dirigentes del PP, comenzando por su presidente, han sembrado dudas sobre la llamada autoría intelectual del

atentado del 11-M, para, a renglón seguido, insistir por activa y pasiva en que, sin el atentado, el PP sería hoy el Gobierno de España. Luego, ya sin tapujos, la derrota electoral se ha vinculado a una conspiración en la que habría intervenido ETA, que como es bien sabido lo esperaba todo del triunfo de los socialistas, quienes por su parte tienen algo y aun mucho que ocultar acerca de lo ocurrido en aquellos días de marzo.

Zapatero oculta algo y engaña a los españoles, acusa una y otra vez Rajoy; Zapatero se niega a levantar el velo que permitiría conocer toda la verdad, repite Rajoy con ocasión o sin ella. Tal es el esquema propagandístico aplicado a la jornada electoral de marzo de 2004 y ampliado ahora al resultado de las recientes elecciones vascas. Y así se va extendiendo la sospecha, servida por una incesante propaganda, de que algo se trama, una vergonzosa cesión al terrorismo, una entrega claudicante al enemigo, una traición a la unidad de España: son pocas ideas, disparatadas cuando se someten a escrutinio racional, pero eficaces en la misma medida en que su repetición por las radios y los periódicos las fija como cuestiones centrales en el debate público. En su llegada al Gobierno, en sus tratos con los nacionalistas, en su política territorial, en su negativa a proceder contra los comunistas de las tierras vascas, los socialistas son unos traidores que allanan de obstáculos el camino a los enemigos de España: llevamos un año con la misma monserga.

Aunque la memoria sea corta, no es difícil percibir en esta propaganda una estructura idéntica a la elaborada en 1993, cuando otra derrota inesperada dejó también al PP con un palmo de narices. La misma machacona insistencia en mensajes simples, la misma chulería en el Parlamento: estamos ante una oposición que, a falta de proponer una sola idea sobre qué hacer en las nuevas circunstancias, se refocila lamiéndose la herida de su derrota electoral, soñando con el día de la venganza, el día en que por fin una mayoría de españoles se convenza de que el atentado de Madrid fue obra intelectual del PSOE en connivencia con ETA. Ah, cuando esa verdad, que hay que ser ciegos para no ver, quede indeleblemente impresa en la retina y el subconsciente de los españoles, el PP podrá clamar de nuevo en su soledad victoriosa y poner en su sitio a todos los enemigos de la unidad de España.

¿Adónde va el Partido Popular?

Santos Juliá. El País, 06/11/2005

LLEVAMOS AÑO Y MEDIO de ruido y furia y nada permite pensar que vayamos a entrar en un periodo de debate y razón. En este sentido, el cambio generacional al que tanto se alude para explicar el ciclo de reforma de estatutos en el que andamos metidos no indica que hayamos avanzado nada en cultura cívica desde la transición. Entonces fue posible un entendimiento entre fuerzas políticas del que se derivó el fin de las grandes hipotecas que pesaban como un lastre sobre el Estado español; ahora, la quiebra de diálogo sobre cuestiones que afectan a la arquitectura del Estado entre los dos grandes partidos de ámbito estatal, a la que asistimos con cierta sensación de fatalidad, es algo que a la nueva generación le trae, al parecer, sin cuidado.

Es comprensible que los derrotados en las últimas elecciones no sintieran la situación creada tras su derrota como una coyuntura favorable, sino más bien como ventana cerrada a la negociación de cuestiones en las que necesariamente no podían asumir la dirección. Se quedaron como pasmados, referidos sólo a sí mismos, cortados de cualquier posibilidad de alianza con ninguna fuerza política, condenados al aislamiento. Creyeron que esa soledad política podía remediarse con campañas mediáticas y la movilización de instituciones y asociaciones contrarias al Gobierno. Así hemos visto por vez primera a obispos como agitadores callejeros y a asociaciones de víctimas del terrorismo dictando líneas de acción política. Hemos visto también, y padecido, a la emisora de la Conferencia Episcopal superándose a sí misma en una indecente producción y emisión de injurias, odio y desprecio al adversario político: un caso, ahora sí, único en el mundo.

Todo esto constituía un mal precedente para el debate sobre la admisión a trámite del proyecto de Estatuto de autonomía aprobado por el Parlamento catalán. Hasta ahora, sobre las cuestiones relacionadas con los estatutos, ha podido ser difícil pero nunca ha sido imposible la negociación y el acuerdo entre los partidos socialista y popular. Eso se ha terminado: la oposición se cierra en su negativa, no ya a negociar con el Gobierno sino a tomar en cuenta lo que llega

legítimamente al Congreso desde Cataluña. Ya se comprende el estropicio que esta actitud de los representantes políticos de diez millones de españoles puede causar en lo que sigue siendo un proyecto abierto de construcción del Estado español. Rajoy, que es sin duda un hábil orador y un bien dotado polemista, ha perdido una ocasión de oro para marcar una posición que permitiera a su partido participar de manera activa y positiva en el debate que se avecina.

Tal como han quedado las cosas, las reformas que se introduzcan en el proyecto no podrán ser resultado de un acuerdo entre los dos grandes partidos de ámbito estatal: serán las que acuerde el partido del Gobierno con sus socios, o, simplemente, no serán. Lo cual quiere decir que todo lo que se reforme del prolijo e indigesto proyecto lo será con la anuencia de los nacionalistas catalanes. ¿A cambio de qué? Esa será la pregunta que vamos a oír machaconamente repetida en los próximos meses, hasta que esta historia llegue a término. ¿A cambio de qué accederán los nacionalistas, que en Cataluña gobiernan y, a la vez, están en la oposición, a introducir cambios en lo que ha sido aprobado por todos ellos con entusiasta unanimidad? Porque una cosa es clara: por complacer al presidente del Gobierno no va a ser.

Ahí es donde el Partido Popular espera hacerse fuerte en las próximas semanas: en la airada denuncia de que los socialistas venden España para mantenerse en el poder. El PP intentará sacar provecho de la debilidad con la que el Gobierno aborda la segunda fase del debate sobre el Estatuto, sin mayoría para imponer a sus socios las reformas que considere necesarias. En esto consistirá la estrategia de erosión: por cada pacto con los nacionalistas catalanes en alguno de los aspectos que el PP considere fundamentales, se levantará una tormenta mediática que alimentará fatalmente el lenguaje del odio y del desprecio. Es posible que con esta estrategia arañe votos suficientes como para creer que tiene al alcance de la mano la vuelta al poder. Sí, es posible; pero lo seguro es que, al terminar el proceso, quedarán odios bien afincados y un crecido rechazo a la convivencia. Habrán ganado, pero el fruto de su victoria será el destrozo de aquello que pretendían preservar, lo que llaman unidad de España. Porque si llegáramos a odiarnos y a despreciarnos tanto como sus voceros pregonan, ¿cómo y para qué vamos a seguir juntos?